

## CAPÍTULO SEXTO

### FATALIDAD

Apenas se cumplieron cuatro meses desde el casamiento de Isabel, murió don Diego, y poco después Susana, quedando Adriano sin otro amparo que su hermana. El amor de los dos esposos por el niño pareció doblarse desde que el pobre huérfano dependía de ellos: el Marqués le adoraba hasta un extremo increíble, y él, por su parte, le pagaba con usura tanto cariño.

El dolor de la Marquesa por la muerte de su padre fué tan intenso que puso su vida en grave peligro: en aquella alma apasionada el pesar se cebaba con inaudita fuerza y destruía los órganos de su frágil existencia; mas al fin los cuidados y ternura de su esposo, cuyo amor por ella rayaba en idolatría, consiguieron volver la calma á su espíritu.

Cuando ya la vió enteramente tranquila, la presentó en el gran mundo, y bien pronto se hizo notable en los círculos aristocráticos por su rara y seductora belleza y por el buen gusto y extraordinaria riqueza con que siempre se ataviaba. Los más elegantes jóvenes, los hombres más distinguidos se apresuraron á ofrecerle sus homenajes,

y su cándida virtud convirtió en pasiones verdaderas muchas de aquellas frívolas galanterías.

Isabel, por una de esas fatalidades inexplicables, no amaba á su esposo; le profesaba, sí, el suave y tierno cariño de la más amante hermana; pero esta dulce afección era harto débil para defenderla de las seducciones y peligros que la rodeaban: su corazón fué herido al fin; pero durante largo tiempo no lo comprendió ella misma, y cuando intentó cerrar su herida sólo consiguió hacerla más profunda.

Entonces, como hace todo el que sufre mucho, acudió á Dios: oró fervorosamente, y le rogó mil veces que apagase aquella pasión cada día más voraz, ó que le enviase la muerte.

Un acontecimiento imprevisto vino á doblar sus tormentos: el anciano y venerable sacerdote que había sido tutor del Marqués, habitaba desde la mayor edad de éste una hermosa quinta cerca de Sevilla, y próximo ya á dejar el mundo, llamaba á su querido hijo para darle el postrer abrazo y despedirse de él.

El Marqués, no obstante los ruegos de su esposa, que le pedía llorando que no la dejase, ó la llevase consigo, partió apresuradamente, y la desdichada joven quedó sin defensa alguna contra aquella pasión. En vano luchó durante muchos días. El Barón de Medina, poco acostumbrado á tan tenaz resistencia, dobló sus esfuerzos, y su amor propio ofendido le hizo desplegar una

terrible energía. Y sin embargo, él no amaba á Isabel: solamente ansiaba conseguir su cariño para satisfacer su orgullo y para mostrarse triunfante en medio de tantos vencidos.

¡Y Luis no volvía! La agonía del anciano se prolongaba, y á los dulces llamamientos de su esposa contestaba siempre: «Aún no puedo volver á tu lado».

Las fuerzas de Isabel se agotaron por fin; pero sin embargo, nadie más que Dios sabía lo que pasaba en su corazón. Tomó, pues, su resolución: encerróse en su casa y se preparó á morir.

Muchas veces quiso verla Alberto; mas el ayuda de cámara le contestaba siempre diciéndole que la señora Marquesa no recibía, y aquél no podía quejarse porque sabía que ni los más antiguos amigos del Marqués eran más afortunados.

Entonces marchó á París y permaneció allí algún tiempo, olvidando, en medio de los placeres, á la desdichada joven, á la cual creía una mujer sin corazón.

Al volver á Zaragoza la escribió por última vez una carta tan amarga é insolente como llenas de amor habían sido las anteriores; mas no habiendo obtenido respuesta tampoco, aquel recuerdo se borró enteramente de su imaginación, y se dedicó del todo á aliviar la infeliz suerte de Valentina y Margarita.

Cuando el Marqués regresó, sólo encontró dos

cartas; una de ellas, escrita de mano de su esposa, decía así:

«Cuando leas estas líneas, Luis, ya estaré yo junto á mi padre; no maldigas mi memoria, porque muero inocente, aunque víctima de una pasión que no he podido vencer.

»Adiós para siempre, amigo mío. Dios te bendiga por el bien que me has hecho y al cual he sido ingrata á mi pesar... Te recomiendo á mi hermano... ¡Oh, Luis! ¡que no pague Adriano la fatalidad de mi destino!... La infeliz criatura ya no tiene en el mundo otro amparo que tu piedad; vela por él, que yo voy á rogar por los dos.

ISABEL.»

El joven Marqués había leído esta carta, mudo é inmóvil como la estatua de la desesperación. Lívido, desencajado, con el cabello erizado y la frente bañada de un helado sudor, la horrible descomposición de su semblante hubiera causado pavor al ánimo más audaz.

—¡Isabel!—exclamó al fin con un terrible grito, y precipitándose á la habitación de su mujer, cerrada aún.—¡Isabel!... ¡ójeme!... ¡Dime que me escuchas... que llega hasta ti mi voz!...—y dió en la puerta tan furibundo golpe que la cerradura saltó hecha pedazos.

El infeliz joven penetró desatinado en aquel aposento: aún se veían en él señales recientes de la

presencia de su esposa: un vaso lleno de flores marchitas, algunos libros sobre el velador, y un largo peinador blanco, último traje que, sin duda, había llevado.

Luis, en la explosión de su dolor, recorrió mil veces la estancia, y sus extraviados ojos se fijaron en una carta cerrada que estaba sobre el mármol de la chimenea: era la última de Alberto dirigida á la Marquesa desde Zaragoza, y que, habiéndose recibido el mismo día en que ésta agonizaba, fué dejada allí por su camarera.

El desgraciado esposo la abrió con ansia febril y la leyó sin detenerse. El Barón, irritado con el despreciativo silencio de Isabel, la lanzaba un sangriento sarcasmo, confesándola que jamás la había amado y que, sólo por satisfacer su orgullo, había ambicionado su cariño; la felicitaba irónicamente por su austera virtud, y concluía despidiéndose de ella en los términos más audaces é insolentes.

Al concluir esta carta, un subido carmín cubrió la lívida frente del noble joven: había un contraste tan doloroso entre la carta de su esposa y la que aún tenía en la mano, que el largo martirio de la infeliz, tan valerosamente soportado, se presentó de repente á sus ojos. La ironía del Barón patentizaba que la víctima había ocultado cuidadosamente su amargo padecer á las miradas de aquel hombre, y aquellos insultos á la muerte anegaron en un mar de hiel su corazón.

—¡Isabel... Isabel mía!...—exclamó juntando sus manos y cayendo arrodillado á los pies del lecho: —¡perdóname!...

Interrumpióse ahogado por los sollozos. ¡Ay! se acordaba de las cartas en que su esposa le llamaba á su lado para que la amparase de su propio corazón, y de las veces que él desoyó su ruego.

Largo rato aquel hombre tan fuerte y enérgico permaneció llorando, con la frente oculta entre las ropas del lecho. Cuando se levantó, estaba pálido como la muerte, sus ojos se habían hundido espantosamente, y brillaban con sombrío resplandor.

Tres días estuvo encerrado en aquel aposento; al finar el tercero, escribió una carta á Alberto, y después salió de Madrid vestido de luto, en su coche de camino, y con dirección á Zaragoza.

¡Cosa extraña! Entre los luengos y hermosos rizos del joven Marqués habían nacido, en aquellos tres días de mortal dolor, algunas hebras de plata.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

ADRIANO

Cuando la Marquesa de Santa Fe se postró sin fuerzas por la ardua lucha que tanto tiempo sostuvo, depositó á su hermano en un colegio, á fin de evitar á la inocente criatura el doloroso espectáculo de su agonía: en la última carta que dirigió á su esposo, se ha visto que no se olvidó de él; mas en la cabeza de aquel desventurado se agolpaban tantas ideas desconsoladoras, su corazón estaba desgarrado por un dolor tan profundo y consumido de tan ardiente sed de venganza, que no pensó un instante en el pobre huérfano.

Su más ferviente anhelo era encontrar al Barón de Medina y derramar toda su sangre, ó perder la vida á sus manos para librarse de tan horribles tormentos.

Terrible era, en verdad, el choque que había sufrido aquella enérgica y generosa naturaleza; en aquella alma tan amante de lo bueno, se extinguió de repente todo sentimiento dulce: había cifrado en Isabel todas sus esperanzas de felicidad, porque ella había sido su primero, único y santo amor; y, sin embargo, si la pasión de Alberto hubiese sido verdadera, si éste é Isabel se hubiesen

amado igualmente, hubiera perdonado á entrambos, porque conocía el poder de una afección exclusiva: entonces, resignado, hubiera concentrado en Adriano su cariño, porque él no podía amar dos veces, y la dicha de la mujer á quien había querido tan entrañablemente, le habría servido de consuelo.

Mas ¡ay! que aquel golpe horrible aniquilaba para siempre todas las fuerzas de su alma. ¡El infeliz conoció, aunque muy tarde, que jamás le había amado aquella esposa adorada con tanta ternura, y lloró desesperadamente los tormentos que había sufrido!... ¡Lloró la perdida juventud de Isabel, pasada con tanta resignación junto á un hombre á quien no podía amar, sólo por hacer feliz á su padre, á quien la muerte se había llevado no bien consumado el sacrificio!...

Lloró con íntima amargura la terrible lucha de la pobre joven. Complaciase en imaginársela pálida y llorosa, pasando las heladas noches de invierno arrodillada en el duro pavimento de mármol: veíala con las manos cruzadas llamar á Dios en su auxilio, ya que su esposo desoía su voz, y luego la contemplaba en la agonía, lívida y desencajada, lanzando el postrer aliento con el nombre de Alberto entre los labios.

¡Y aquel hombre, á quien ella llamaba en su agonía, lejos de amarla había escarnecido su largo martirio! Este pensamiento desgarraba el corazón del Marqués.

Al ver á su enemigo en el sitio que él mismo señaló para el desafío, creyó morir ahogado por el furor. En vano fué que Alberto, devorado ya por los remordimientos, disparase al aire dos veces; Luis se hubiese muerto á sí mismo, si no hubiera podido matarle; mas al verle caer exánime sobre la húmeda yerba, y después de grabar con la punta de su puñal en su pecho el nombre de ISABEL, huyó despavorido de aquel sitio.

Algunos días después se leían en los pocos periódicos que á la sazón se publicaban en la corte, las siguientes líneas:

«Dos jóvenes de la alta sociedad madrileña, el Barón de Medina y el Marqués de Santa Fe, han sido víctimas de un deplorable acontecimiento en los campos de Aragón.

»Según parece, salieron juntos con objeto de probar dos magníficos pares de pistolas; llegados á un sitio que les pareció á propósito, tiró primero el Marqués; mas habiéndose puesto delante jugando el Barón, fué muerto por su amigo. El infeliz matador, desesperado, se arrojó al Ebro, que corría á pocos pasos de distancia.»

Como saben nuestros lectores, ninguno de los dos murió: el esposo de Isabel se encerró dos días después del sangriento combate en el monasterio testigo mudo de su venganza; y el Barón volvió en su coche á Zaragoza para sentir todo el peso de los remordimientos que debían aquejarle, considerándose asesino de Isabel y de

su marido, sepultado, según voz pública, en las turbias ondas del Ebro.

Una amarga melancolía se apoderó de él: sin cesar veía ante sus ojos la imagen de la joven Marquesa, pálida y moribunda, y la aterradora figura de su esposo, armado de un sangriento puñal; habiale quedado además una bala en el pecho, que no fué posible extraer, y su vida se deslizaba entre infinitos tormentos. Decidióse á fijar su domicilio en Zaragoza, para consagrarse enteramente á cuidar de Valentina y de su hija, con quienes dobló sus beneficios para desarmar, si era posible, la justicia de Dios.

Un mes más tarde, apareció en los mismos periódicos que habían anunciado la muerte de ambos jóvenes, la rectificación que sigue:

«En uno de nuestros números del mes próximo pasado, dimos cuenta á nuestros lectores del funesto acontecimiento que privó de la vida á los desgraciados jóvenes Marqués de Santa Fe y Barón de Medina: hoy tenemos la satisfacción de asegurar que estábamos mal informados y que únicamente es cierta la mitad de la catástrofe; porque el Barón de Medina vive, aunque el estado de su salud es en extremo deplorable. En cuanto al Marqués, su muerte, por desgracia, no deja duda alguna.»

Ninguna publicación llegaba al monasterio que albergaba al Marqués; así, pues, no pudo saber éste que vivía su enemigo: solamente volvió á

verle la noche que fueron á buscarle para que consolase su agonía, y más bien que su semblante, desfigurado por crueles padecimientos, se lo hizo reconocer el gran cuadro situado á los pies del lecho: aquella pintura era obra de Alberto, quien, destrozado de remordimientos, quiso tener ante sus ojos la imagen de su víctima, y la copió de memoria y según la había visto la última vez en un paseo á caballo; mas, por un sentimiento de delicadeza, cubrió sus facciones con un antifaz, á fin de que él solo pudiese reconocerla.

¿Qué era entre tanto del pobre Adriano? Aquel niño, tan amado en otro tiempo, estaba á la sazón abandonado de todos. El Marqués, muerto para el mundo, tomó en el convento el nombre de Padre Ambrosio, y la noticia del fallecimiento de sus hermanos llegó hasta el niño, rodeada de algunas precauciones que el director del colegio creyó oportuno tomar. Aunque el título de Santa Fe pasó á otra familia, Adriano heredó la inmensa fortuna del esposo de su hermana, por estar así especialmente mandado en un testamento que se encontró en el aposento del Marqués después de su desaparición.

Adriano creció sin parientes ni amigos al parecer; pero una mano oculta y bienhechora proveía á todas sus necesidades: con frecuencia recibía cartas en las que se le advertía lo que debía hacer, y al final de todas ellas se le aseguraba que velaban por él; estas cartas, firmadas sólo con el

nombre de *Ambrosio*, le llegaban en todas las ocasiones críticas de su vida y siempre que sufría algún pesar.

Al salir del colegio donde terminó su educación, un respetable anciano se le presentó como tutor, con una carta del bienhechor desconocido, en que le mandaba le aceptase como tal y le prestase ciega obediencia: el joven le siguió dócilmente, y ambos se establecieron en una linda casa situada en un barrio poco ruidoso.

A su tiempo el tutor consultó la inclinación de Adriano, preguntándole qué carrera deseaba seguir, y el pobre huérfano, que, como su hermana, abrigaba un alma de artista, le confesó que una inclinación irresistible le arrastraba á la pintura. Algunos días después de esta conversación recibieron una carta en que se les ordenaba marchar á Roma para empezar la educación artística del joven en la capital del mundo cristiano.

En ella hizo rápidos progresos; su alma era verdaderamente de artista, y tres años después sus obras se buscaban con afán.

Todavía estuvieron otro año en Roma, al cabo del cual recorrieron las ciudades de Mantua, Padua, Nápoles, Pisa y Verona, y en todas partes recibían cartas de Ambrosio llenas de cariñoso interés. Al volver á Madrid, encontraron una en que se les decía marchasen á la capital de Aragón para que Adriano reposase, bajo aquel hermoso cielo, de sus penosos trabajos artísticos:

esta orden fué cumplida sin demora, y pocos días después llegaron á Zaragoza, hospedándose en una fonda.

Adriano era un hermoso joven, pero su belleza moral era infinitamente mayor que la física. Aún vivía en su corazón el recuerdo de sus malogrados hermanos: se acordaba incesantemente de Isabel, que tantos cuidados le prodigara en su infancia; de Luis, á quien había debido un cariño tan apasionado, yendo unido á tan dulces recuerdos el de su anciano y amoroso padre.

Jamás intentó penetrar el misterio que rodeaba á su bienhechor; nunca hizo á su tutor la más leve pregunta acerca de él, no obstante saber, casi de un modo indudable, que le conocía. Contentábase con amarle en el fondo de su alma, y le profesaba una especie de apasionado culto. Sin padres, sin hermanos, sin otro amigo que su tutor, porque su carácter melancólico le alejaba de la sociedad, concentró en su invisible bienhechor todas sus afecciones, todos sus amores de la tierra, y rogaba á Dios sin cesar que le concediese la felicidad de conocerle, ó de verle al menos una sola vez.

Como toda alma elevada, la suya era piadosa, y amaba al Criador en todo lo bueno, grande y hermoso; dotado de un espíritu de beneficencia sublime, donde quiera que se encontraba empleaba su dinero en aliviar la suerte de los desgraciados.

¡Cuántas veces le fué deudora una familia entera del necesario sustento! ¡Cuántas veces una pobre madre le debió la vida del niño que se le moría por no poder pagar al médico ni comprar medicinas!

Una mañana, de vuelta de un largo paseo por las alamedas del Carmen, entró á oír misa en la iglesia de Santa Rosa; algunas pensionistas ocupaban el coro bajo, y la adorable figura de Margarita llamó mucho su atención: la joven, sin embargo, no reparó en él porque seguía el santo sacrificio en su libro de oraciones sin levantar la cabeza.

Desde aquel día, la imagen de la joven no se apartó un instante de su pensamiento: jamás, en sus sueños de artista, había columbrado aquella angélica cabeza, aquellas formas de una belleza tan acabada. Empezó de memoria su retrato, que terminó muy pronto, y se extasiaba días enteros delante de su obra.

Todas las mañanas iba á situarse junto al coro bajo de la iglesia del convento; mas su pasión, creciente cada día, no pudo muy en breve contentarse con esto, y durante las primeras horas de la noche iba maquinalmente á apoyar su frente en la cerca del jardín del convento de Santa Rosa: allí escuchaba los alegres gritos, las risas de las pensionistas, y creía adivinar, entre las infinitas voces que en confuso tropel llegaban á sus oídos, la dulce y angélica voz de Margarita.

Una noche, impelido de un voraz deseo de verla, y advirtiendo que nadie cruzaba aquel solitario barrio, trepó por las piedras desiguales que formaban la baja tapia del jardín; todas las pensionistas corrían á la luz de la luna; pero Margarita estaba sentada en un banco de piedra, silenciosa é inmóvil: pensaba en el hermoso joven á quien veía todos los días apoyado en la reja del coro.

Ya saben nuestros lectores que la priora le avisó también; que avisó inmediatamente al Barón de Medina, y que el enlace se verificó en seguida, siendo testigo presencial el desdichado Adriano, quien, pasando aquella tarde por el convento y viendo abierta la puerta de la iglesia, entró en ella. Pero la pasión había echado hondas raíces en aquel corazón de diez y ocho años; con ardor infatigable siguió la huella de la joven Baronesa; y el paseante melancólico, que buscaba para meditar los bellos campos que cercaban la quinta de los señores de Medina, hubiera encontrado todas las tardes al huir el sol á un joven que bajaba á caballo por un estrecho sendero; y deteniéndose un poco le hubiera visto apearse, atar el negro corcel á un álamo, y dirigirse después lentamente hacia la quinta, cuyas puertas veía siempre cerradas; pero ¿qué le importaba al enamorado joven? Adriano era feliz viendo atravesar por la sombra el blanco vestido de Margarita; era dichoso viendo mover una colgadura que ella rozaba al pasar.

Un mes corrió así. La noche en que agonizaba el Barón de Medina, llamó mucho la atención de Adriano la agitación de la quinta, y sus ojos brillaron de alegría al advertir que se habían olvidado de cerrar los postigos de una ventana del piso bajo: aproximóse tímidamente; pero su semblante se cubrió de mortal palidez y desapareció la alegría de sus ojos, que pintaron de súbito un doloroso espanto. Acababa de divisar á Margarita sin sentido en un ancho sillón, próximo á la ventana, y más lejos á un hombre en un lecho, cadáver ya, ó agonizando, sobre cuya cabeza blandía un fraile un puñal: vió al religioso rasgar la mejilla de aquel hombre, y después cerrar las cortinas del lecho y aproximarse á la joven... Entonces Adriano rompió con mano vigorosa los cristales y saltó dentro del aposento para librar á Margarita de la muerte que él creía le amenazaba.

Al encontrarse frente al religioso sintió una profunda conmoción: no guardaba memoria alguna de aquella sombría y amenazante figura; pero su corazón, fiel siempre, le avisaba que tenía delante á su bienhechor, y que su bienhechor era el marido de su hermana.

Sin poderse dar cuenta de lo que pasaba en su interior, huyó despavorido de aquellos sitios, y volvió á Zaragoza con la cabeza trastornada. Dos días después de este acontecimiento recibió una carta de Ambrosio: como de costumbre, no tenía



fecha, y se le ordenaba en ella que se trasladase inmediatamente á Madrid; como de costumbre también, obedeció sin tardanza, y en la corte es donde vamos á encontrarle en una hermosa velada de estío.

Sentado Adriano junto á una mesa, tenía delante una carta abierta, que sin duda había leído ya porque sus ojos vagaban absortos y distraídos.

Constaba su habitación de dos salas y un gabinete, amueblado todo con sencillez: en la primera, recibía á sus amigos y trabajaba, según lo indicaban dos ó tres caballetes de distintos tamaños; la segunda le servía de dormitorio.

Todavía no contaba Adriano diez y nueve años. Era de estatura mediana y esbelta; su semblante no era tan hermoso como el de su hermana, pero tenía el mismo irresistible encanto que se advertía en Isabel; sus ojos oscuros radiaban de orgullo é inteligencia, y eran incomparablemente hermosos; su tez era pálida y mate; tenía el cabello castaño, abundante, rizado y lustroso; su nariz, recta y delgada, era digna de una estatua griega, y su boca algo grande, adornada de una magnífica dentadura, tenía una expresión muy pronunciada de altivez; su serena y tersa frente era elevada, pero angosta, como la frente que estrecha un fuerte pensamiento; rodeaba sus grandes ojos una aureola azul que patentizaba su natural apasionado y melancólico, y en sus sienes,

pálidas y transparentes, se distinguían hasta las más imperceptibles venas.

Aquel hermoso y noble semblante estaba velado por una tristeza profunda: Adriano había perdido á su venerable tutor, y se encontraba solo en el mundo y sin otras afecciones que la que le inspiraba su generoso bienhechor.

¿Y quién era aquel protector desconocido? El misterio que le rodeaba iba haciéndose ya insostenible para Adriano, y una ardiente sed de descubrir aquel secreto le consumía: dos meses hacía que el anciano que cuidara de su desvalida adolescencia había dejado de existir, y aquel insondable secreto dormía en su tumba, porque lo había llevado consigo, no obstante las súplicas de Adriano, que, perdidas sus esperanzas, se sentía dominado por una amarga melancolía.

En el momento en que le presentamos á nuestros lectores acababa de llegar á casa: llevaba luto por su tutor, y su traje negro hacía más sombrío su aspecto. Después de un cuarto de hora de meditación profunda, se levantó y se puso á pasear por el aposento con suma agitación.

—¡A Italia!... ¡A Nápoles!...—exclamó.—¡Ah! esta orden de mi protector me hubiera llenado de alegría en otro tiempo... ¡Pero alejarme tanto de ella!... ¡Hoy no tengo fuerzas para cumplirla! Y sin embargo—continuó después de algunos instantes de silencio,—ese hombre, á quien en lo íntimo de mi alma amo tanto como á Margarita; ese hom-

bre, que es para mí el más amoroso padre, me manda que parta, asegurándome que en Nápoles me abrazará... ¡Oh! ¡no más vacilación, no más dudas!... ¿Qué me importa partir á lejanos climas, si de todos modos estoy separado de ella?

Sus ojos se fijaron entonces en la carta abierta que había sobre la mesa, y que sólo contenía estas palabras:

«Querido Adriano: Te espero en Nápoles para abrazarte.

AMBROSIO.»

Aquella lectura pareció disipar todas las dudas del artista.

—¡Voy á encontrarte, bienhechor mío!—exclamó con las mejillas animadas y la mirada brillante.—¡No me esperarás mucho tiempo!... ¡Dios mío!—prosiguió alzando al cielo los ojos;—¡conservad mi recuerdo en el corazón de Margarita!

Y agitando el cordón de la campanilla, dió orden al criado que se presentó, de hacer los preparativos para un largo viaje.

## CAPÍTULO OCTAVO

### DE POTENCIA Á POTENCIA

La risueña ciudad de Nápoles extendía su golfo azulado como un manto de zafiros.

Ya hacía rato que el sol se había ocultado detrás de las colinas dominadas por el Vesubio.

Ischia, Prócida y Capri salían del fondo del mar, cuyo azul se confundía con el del cielo. El Pausilippo, el sepulcro de Virgilio, el convento de los Camandulenses y las murallas del castillo de San Telmo aparecían iluminados fantásticamente por la blanca luz de la luna.

Divisábase, edificada en la finísima arena de la playa, una hermosa casa, cuyos balcones daban al golfo: un largo corredor con barandilla de piedra primorosamente labrada ocupaba el cuerpo principal, y las puertas de cristales que se abrían en él permitían ver el fondo de una linda habitación, iluminada ya por una luz débil colocada en un canastillo lleno de flores que ostentaban los más vivos matices, y cuyas hojas lucían su brillante verdor.

El hermoso edificio estaba lejano de la bulliciosa y turbulenta ciudad de Nápoles, y aparecía aislado en medio de aquel mar, el más hermoso